

HERALDICA AMERICANA

Por F. G. DE CISNEROS

Feb 19 17

LA aristocracia del dollar se ha reunido en cónclave y las ilustres princesas del azúcar, del acero, del tasajo, han votado por un gran capítulo literario; los estandartes de cada casa han flotado sobre los sitiales de oro macizo.

Cada industria tatuaba con sus alegorías los fondos de colores: segadoras, trapiches, motores, bocas de minas, cuchillos de matarifes, tijeras de esquilmadores, modernizaban las banderolas, en vez de los viejos lises, de los ridículos grifos, de las torres, de los gules de azul, de los lobos de sable y de los cisnes de plata. Toda esa inútil heráldica europea, originada por señores feudales, que eran más bien bandidos de calzadas reales o guerreros mal olientes,

Miles de años han pasado y cataratas de agua han mojado los escudos de las casas solariegas allá en los palacios del viejo mundo; pero los infelices seres que marcan sus nacimientos en una esfera colgada de inmensos árboles cuajados de esas mismas frutas; los desgraciados varones que expanden los pechos para prender las decoraciones y órdenes otorgadas por los monarcas de todos los países; los infortunados patricios que ornan sus casacas con entorchados de generales, con llaves de gentilhombres, con arabescos de condestables, anclas de almirantes y púrpuras de cardenales, han continuado sus vidas llenos de humildades y de modestias, han nutrido sus almas en

bibliotecas sin hacer alardes de erudición, han democratizado sus linajes y prosapias con sabias enseñanzas sociales y han muerto sobre los campos de batalla defendiendo sus pabellones.

La aristocracia de Europa se democratiza, mientras la democracia de los Estados Unidos se aristocratiza. Cualquier infante español, cualquier duque inglés, cualquier príncipe italiano tiende la mano al burgués, al periodista, al obrero; sus salones son fáciles de franquear, sus conversaciones son infantiles, sus recepciones llenas de buen gusto y de *vieja alcurnia*. Jamás nombran el vil metal. Si hablan de sus fortunas las disminuyen, si valoran sus cuadros no les asignan el precio merecido y para no humillar al huésped pregonan sus fingidas envidias por cualquier banquero judío.

—¡Yo daría mis castillos por un día de negocios de Rotschild!
—me decía hace tiempos el príncipe Ruffo di Calabria. Una maravillosa beldad romana que cuenta en su familia con dos papas y una doña de caudillos se asombraba ante los trajes firmados por Paquin de una señora norteamericana.

—Qué envidia le tengo. Tiene más de veinte trajes de etiqueta.
Y la misma noche en su palacio recibía a los Reyes con una sobriedad clásica.

En Londres, cené una noche junto a un señor que se admiraba de oír mis relatos de viaje por la India, y repetía:





—¡Qué feliz es usted, amigo!

Intrigado pregunté el nombre de mi *infeliz* compañero y como si no tuviese mérito me contestó el dueño de la casa:

—¿Quién? ¿Aquel señor de los bigotes grises? ¡Ah! ¡Es el duque de Devonshire!

El Rey de Portugal, aquel buen Rey, gordo como Falstaff, galante y sonriente, que asesinaron en Lisboa, le dijo una noche a mi esposa después de una hora de música:

—¡Qué agradable vida la suya! ¡Yo detesto ser Rey y mi gran deseo es ser barítono de ópera!

Alfonso XIII, genial y elegante, en un concierto de Palacio en el cual mi esposa cantó, sin presentación oficial, ni rigidez palaciega, al congratularle le dijo:

—¿Usted es americana? El fastidio del protocolo me aprisiona en la plaza de Oriente; ¡pero cuánto daría por un paseito ultramarino!; mientras la Reina Victoria recordaba días de Londres y pedía noticias de su maestro de música, Mr. Webber.

En cambio, la aristocracia de la Quinta Avenida y de Washington Square ha anunciado la publicación de una revista social titulada "La Crónica", que se publicará sin anuncios ni ilustraciones, y cuyo manifiesto, firmado por las nuevas lumbreras literarias, expone:

"Los suscriptores de esta revista deben estar perfectamente registrados en los libros del gran mundo, y para evitar desagradables negativas, suplicamos al público no pida inscribirse en las listas de abonados. La revista, que cuesta un peso el ejemplar, no se venderá en las estaciones de ferrocarriles ni en los puestos de los hoteles; sólo podrá ser obtenida por medio de la influencia de algún miembro perfectamente admitido en el registro social. Los redactores serán personas de gran cultura y galardones del gran mundo de New York."

Esta revista sin anuncios no podrá ser leída por la masa de burgueses, por los empleados de la ciudad, ni los pintores de Washington Square, ni los estudiantes de Columbia, ni los literatos de la Biblio-

teca; menos por los socialistas de Emma Goldmann y los anarquistas de Guido Bruno; ni los militares y marinos federales, ni los bohemios de Palli y del Dutch Oven; sus páginas de pergamino, impresas en oro, sólo serán descifradas por los soberanos del Hierro, del Café y de la Tripa.

"La Crónica" será el mayor monumento de *Snoberia* que la aristocracia del dollar ha fundado. Formará un volumen interesante en la historia de un pueblo nuevo y de una nueva sociedad: ¡cómo se desternillarían de risa los modestos antepasados de estas Princesas de las Letras!

Unirán el precio de cada edición a la bondad literaria del texto: El número próximo costará cinco mil dollars; el segundo, seis. ¡Cómo se habla siempre del teatro de un millón, de la residencia de quinientos mil, del cuadro de doscientos mil! ¡así preparan la suma que cueste cada impresión!

Recuerdo la comida a que asistí en la casa de unos millonarios de Chicago—¡la señora es la hija del hombre más rico del mundo!— a cada servicio, de oro, de baccarat, de porcelana, la dueña de la casa nos informaba:

—¡Ese servicio de pescado nos costó ocho mil dollars! Como la religión les prohibía beber vinos, durante el banquete no supe el precio de las copas de muselina, que servían de burgueses carquesios para el agua *White Rock*; pero al salir de aquella suntuosa mansión de *Lake Shore Drive* mareado por tantos millones, mi cerebro parecía un inventario de almacenista. Conté la anécdota a una amiga que no posee millones, que habla idiomas y ha estado en la Habana, y me repuso mordaz:

—¡Pobre Edith! ¡Si supiese llevar con *chic* un traje descotado, sería una *anfitrione* ideal!...

New York, 1917.

DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA